

las contestaciones a la pregunta son muy prudentes e incluso contradictorias, según se tengan presentes determinados factores demográficos, económicos o sociales, como los niveles de educación o la participación de las mujeres en el trabajo asalariado. En los estudios que consulta, fundamentalmente el V FOESSA, «no se concluye con claridad si la desigualdad aumenta o disminuye» (p. 313), y él se mantiene en esta ambigüedad. Subyace en sus análisis que es necesaria la intervención del sector público para que las desigualdades se suavicen, es decir, el desarrollo económico y la expansión de la economía no alteran las pautas de desigualdad, por lo que apoya «una política decidida para lograr cambios sociales adecuados» que de alguna forma ayuden a alterar estas pautas. En cierto modo, no puedo estar de acuerdo con tanta prudencia en el diagnóstico después de una década de expansión del llamado Estado del Bienestar en nuestro país, y después de ver los estudios de Bandrés sobre la reducción de las desigualdades regionales, los de Gaviña y González Cabrero sobre la expansión y utilización de los servicios sociales, los de Carabaña sobre la

educación pública, los que el mismo Jesús de Miguel nos ha ofrecido sobre el sistema sanitario a lo largo de estos años, que ponen conjuntamente de manifiesto cómo se han suavizado de manera importante las desigualdades en nuestro país debido a una serie de políticas redistributivas, aunque a veces hayan sido un tanto contradictorias, que han ampliado las oportunidades de buena parte de la población en términos de ingresos, de expansión y uso de servicios sociales, así como de protección frente a las eventualidades laborales y las discapacidades personales.

Pero el autor ha preferido mantener una postura un tanto más ambigua y prudente, respetando con ella su propósito inicial de suscitar el debate más que de intervenir en el mismo defendiendo una u otra postura. Es de señalar que este enfoque le permite dar mejor cabida en sus análisis a las posturas más encontradas, como muestra de que quiere ser, verdaderamente, un vehículo de presentación de los estudios y las opiniones que han configurado el quehacer sociológico en las últimas décadas en España.

Inés ALBERDI

HANS JOAS

El pragmatismo y la teoría de la sociedad
(Madrid, CIS-Siglo XXI, 1998)

En los años más recientes, aquellos sociólogos que han buscado orientación teórica en la fértil producción alemana se han visto escindidos entre

las abrumadoras obras de J. Habermas y N. Luhmann. La ingente producción de estos autores, su temprana traducción al castellano y la pronta

aparición de influyentes estudios sobre ellos han dificultado la recepción en España de otro autor de extraordinaria relevancia.

Hans Joas, catedrático de Teoría Sociológica de la Universidad Libre de Berlín, ha sido hasta ahora el tercer puntal olvidado, el tercio excluido de la teoría social alemana. Con *El pragmatismo y la teoría de la sociedad*, que nos llega ahora en la impecable traducción de Ignacio Sánchez de la Yncera, Joas proclamaba ya en 1992 la viabilidad de una teoría social de la acción apoyada en la tradición del pragmatismo americano. Es previsible y más que deseable que en el próximo futuro sean traducidos también *Die Kreativität des Handelns (La creatividad de la acción)* y *Die Entstehung der Werte (El origen de los valores)*, que completan su importante trilogía sobre la teoría de la acción.

Joas es un individualista metodológico, pero es importante no confundir su visión pragmatista de la acción con otros enfoques de la acción como intrínsecamente *pragmática, racional* o *egoísta*. Lo que Joas sostiene es que tanto el orden como el cambio social son producto de complejos, sutiles y a veces violentos procesos de negociación que toman en cuenta, a su vez, procesos de negociación anteriores y los resultados, intencionales o no, de acciones pasadas. Esto no presupone ignorar los fenómenos del poder, el conflicto, y las constituciones estructurales, sino enfatizar en que estos elementos son parte intrínseca de la propia acción (*vid.* pp. 50-51).

A menudo se ha reprochado equivocadamente a los pragmatistas de carecer precisamente de una defini-

ción nítida de la acción, llegando estos críticos a identificarla con el *acto*, físico o simbólico, que un sujeto efectúa en un determinado momento. No en vano la filosofía pragmatista es anterior a la escisión de su tronco de la psicología conductista, y sus principales representantes suelen denominarse ellos mismos conductistas en un sentido totalmente opuesto al de Skinner. Tomemos un ejemplo que aclara la cuestión por oposición. G. H. Mead, en uno de sus primeros artículos, analiza el arco reflejo que une un cierto estímulo con una respuesta corporal. A diferencia de otros enfoques, que diseccionan el fenómeno en distintas fases (estímulo, percepción, identificación, respuesta definida, el acto mismo de respuesta, etc.), para Mead es imposible comprender al sujeto que responde sin el estímulo que ha percibido y cómo lo ha hecho, y otro tanto para el objeto estimulante, porque ambos han coevolucionado juntos hasta alcanzar el acoplamiento estructural que se analiza. Del mismo modo, cuando se estudian tanto las microinteracciones de una pandilla callejera como la organización de un vasto complejo industrial es imposible acceder al objeto (el sujeto) sin aprehender su definición de la situación, su opción y/o sujeción por/a un rol particular en dicha situación, sus motivaciones, sus sentimientos, las estrategias que espera desplegar, los recursos materiales y simbólicos que considera a su alcance, los valores que dirigen sus decisiones y las respuestas que espera de su(s) contraparte(s). Este esquema de análisis es bien conocido en la obra publicada de Mead, donde un yo o

autoimagen construida en la primera socialización, casi innata como un carácter, se confronta con los diferentes *mí* que el sujeto percibe como la imagen que de él tienen otros significados, configurando finalmente un *uno mismo* (*my self*), que es el conjunto de rasgos de personalidad y habilidades sociales dramáticas con las que el sujeto se identifica en mayor o menor grado, es capaz de modular y moldear en diversa medida según los casos, y que constituye la materia prima de su presentación y propuesta de identidad en sus distintos ámbitos sociales de acción. Mucho menos conocido es que el mismo esquema es aplicable, según los pragmatistas, a los sujetos colectivos. En particular, para ellos, los conflictos sociales son procesos cooperativos-antagónicos en los que las partes construyen y reconstruyen sus identidades y proyectos, siendo la sociedad democrática el marco político más idóneo para construir escenarios donde esos conflictos puedan resolverse a la mayor satisfacción de quienes participan de la confrontación.

La acción social, incluso cuando es emprendida por un solo individuo, es siempre un proceso colectivo de construcción de significado. Frente a la transformación de la naturaleza y de las relaciones sociales de explotación (Marx), la construcción de representaciones colectivas en situaciones de efervescencia social (Durkheim) o el surgimiento de la rutinización o racionalización del carisma (Weber), la metáfora directiva de los pragmatistas es el experimento científico o bien el juego infantil —o su versión adulta, la libre creación artística—.

En la situación experimental, el investigador debe generar un marco de sentido en el que los datos recogidos se sigan naturalmente de presupuestos teóricos previamente disponibles o bien que él mismo ha modificado o creado de forma innovadora. De modo similar, en el juego infantil o en el arte, el objeto al que tiende la acción y las reglas que señalan los límites de lo permisible para lograrlo son ambiguos desde el principio y susceptibles de reinterpretación durante todo el proceso hasta que éste se da por concluido. Es quizá en razón de su aprecio por la ciencia innovadora por lo que hay una opinión muy generalizada según la cual el pragmatismo sería una extensión vulgar del utilitarismo individualista y del positivismo lógico, en el sentido de que vendría a afirmar que todo problema (psico)social es soluble casi inmediatamente mediante el recurso al método científico. En lugar de eso, el caso climático de acción para los pragmatistas es el individuo o el colectivo que resuelva de forma creativa un problema al que se enfrenta para su deseado desenvolvimiento y donde los fines no están prefijados ni son inmutables como para los defensores de la acción racional. Es por este motivo que los pragmatistas renuncian a establecer una tipología cerrada de modos de acción entre la pura reactividad irreflexiva y el ideal inalcanzable de una acción plenamente racional, esto es, que calcula perfectamente a tenor de la información accesible la optimización o máxima eficiencia del factor limitante o más escaso en una situación, así como el resto de los factores en la

medida de lo posible. De hecho, una misma acción en una misma situación puede ser interpretada *legítima y justificadamente* por diferentes actores como una acción racional, o meramente satisfactoria (Simon), o rutinariamente tradicional, o carismáticamente creativa, o instrumental, o inspirada por valores independientes de todo interés hedonístico, etc.

El énfasis pragmatista en la creatividad de la acción, que comienza por la disponibilidad y maleabilidad del propio cuerpo, apunta claramente al clásico problema del cambio social y parece dejar de lado el otro gran problema de la sociología clásica: la cuestión del orden. Para los pragmatistas, el orden no puede explicarse por la sumisión de los sujetos, *irracional o natural*, a las normas del grupo al que pertenecen, normas basadas en algún imperativo ético abstracto (Kant) o en alguna tradición religiosa idiosincrásica, al margen de los intereses hedonistas de los miembros de tales grupos. Por el contrario, la normatividad social puede surgir como resultado de un consenso de que ciertos cursos de acción deben estar virtualmente prescritos o proscritos en determinadas ocasiones; que dada la información y los recursos disponibles, así como las actitudes y expectativas de los demás participantes, seguir la norma es el *one best way* para una situación dada.

El pragmatismo de Mead, Peirce y Dewey no es sólo una teoría descriptiva y explicativa de lo social, sino también un enfoque metodológico práctico para la resolución de problemas en las sociedades democráticas industriales. Aunque desde una pers-

pectiva más tradicionalmente realista, sintoniza en esto con el reciente brote de enfoques constructivistas y reflexivos que, con un acento más relativista, aspira también a una apertura del diálogo social en las sociedades democráticas postindustriales. Sería posible tarea de una sociología del conocimiento sociológico explicar qué estructuras y agentes sociales han sido determinantes en la indiferente u hostil recepción de estas propuestas a lo largo de nuestro siglo. Es a dar cuenta de los méritos del pragmatismo, así como de las razones por las que fue y es aún hoy ignorado en Europa, a lo que Joas dedica el grueso de este volumen.

El principal mérito del pragmatismo inicial es haber dado origen en buena parte a más de una tradición sociológica. En primer lugar, a la célebre *Escuela de Chicago*. Solamente por las semblanzas biográficas (con especial hincapié en su compromiso social y político) y la revisión de las obras de R. E. Park, W. I. Thomas y F. Znaniecki merecería ya la lectura de este libro. En segundo lugar, la revisión economicista de la obra de Mead que H. Blumer ha desarrollado durante más de cuatro décadas bajo la etiqueta creada por él de *interaccionismo simbólico*. Por último, la sociología dramaturgica de Goffman habría resultado imposible sin la concepción pragmatista de un autor capaz tanto de representar rituales como de improvisarlos, permitiendo así el intento de reintroducir un agente autónomo en el marco del funcionalismo dominante.

A diferencia de esto, la recepción del pragmatismo en Europa ha oscila-

do entre la indiferencia y la hostilidad. En lo que constituye el grueso de este volumen, Joas pasa revista a la obra de distintos autores, tanto coetáneos del primer pragmatismo como contemporáneos. Sin desmerecer en absoluto sus hallazgos y la relevancia de sus obras, Joas encuentra las distintas tradiciones europeas deficientes en tanto en cuanto no han sabido producir una teoría adecuada de la acción.

Así, por ejemplo, Durkheim interpreta el pragmatismo como un *utilitarismo lógico* ramplón, incapaz de dilucidar la participación de la conciencia individual en las representaciones colectivas y, por tanto, de explicar la integración social. Estas acusaciones son tanto más sorprendentes cuanto que el propio Durkheim tiene una visión creativa de la acción en momentos de sociabilidad eferescente, pero no en la sociabilidad de la vida cotidiana. Y aún más cuando sostiene que las principales categorías cognitivas son proyecciones de categorías sociales estructurales. El problema radica en que Durkheim sostiene y defiende la dualidad cartesiana de materia y espíritu, de conciencia y acción, mientras que para el pragmatismo los individuos están incardinados en la praxis y en la sociedad aún antes de configurar una conciencia utilitaria.

Otro tanto puede decirse del pensamiento alemán en general, bien anclado en las tipologías weberianas, bien volcado unidimensionalmente del lado de la conciencia bajo la hegemonía filosófica de la fenomenología. Incluso los miembros de la *Escuela de Frankfurt* resultaron inmunes al prag-

matismo pese a su prolongado exilio en los Estados Unidos. Para ellos, el pragmatismo sería meramente una ideología popular dedicada a generar confianza pública en aquellas instituciones —como el mercado keynesiano o la democracia parlamentaria— y a diluir los intereses contradictorios entre las clases sociales. Trataríase meramente, pues, de una ideología alienante, de una forma de falsa conciencia. Lo que, sin embargo, los miembros de esta escuela no pueden explicar simétricamente es tanto el éxito de dicha *ideología* hasta los años sesenta, su contestación radical en los años sesenta-setenta y su rejuvenecimiento de la mano de Joas, en la actualidad.

Como síntesis de estas tracciones, J. Habermas funde el estructuralismo y la fenomenología para generar un marco de análisis de nuevo dualista, pues escinde la acción utilitaria de la comunicativa y la lúdica, y también modos de regulación social normativos orientados de un lado al éxito y de otro al entendimiento. Este esquema culmina en la escisión entre el *sistema* que funcionaría automáticamente autorregulado por la percepción por parte de los actores de su utilidad y, por otra parte, el *mundo de la vida*, el ámbito de construcción intersubjetiva de sentidos compartidos.

Para Joas, estos dualismos son espúreos e innecesarios. Toda acción es potencialmente producción y mensaje al mismo tiempo, y la (auto)conciencia de los actores y sus fines son producto de su autorreflexión sobre la solución de problemas en curso. El sistema, como el centro de gravedad de un cuerpo, no pasa de ser un recur-

so retórico, teórico, para resumir grandes volúmenes de acción coordinada de forma asociativa o comunitaria.

Otros autores actuales con quienes Joas disputa son Castoriadis, Giddens y Alexander. Cornelius Castoriadis es quien está más próximo a la perspectiva de Joas pues, en su confrontación con el estructuralismo, sostiene que las estructuras sociales son producto de un proceso de institucionalización en el que resultan fundamentales los logros imaginativos y creativos de los agentes, los cuales son, por otra parte, el baluarte de la autonomía individual de dichos agentes frente a la dinámica autosostenida que cobran las instituciones más o menos funcionales. De otro lado, sin embargo, Castoriadis intenta hacer culminar su teoría de la acción en una perspectiva de la evolución que, decepcionantemente, nunca se concreta en prácticas u opciones específicas. En el extremo ideológico y teórico contrario se sitúa la monumental revisión de la teoría sociológica clásica realizada por Jeffrey Alexander, y en especial su reivindicación del funcionalismo parsoniano. Pese a la lucidez y profundidad de su análisis, Alexander cae en el sempiterno dualismo de acción utilitaria/acción normativa, ignorando las potencialidades expresivas y de relación y coordinación colectiva de la acción social. Alexander no concibe el pensamiento de los actores como una autorreflexión de carácter práctico, sino sólo (meta)-teórico. De esta forma, no queda lugar en su perspectiva para una acción que efectivamente crea instituciones y satisface funciones incluso cuando éstas se encuentran más allá de las intenciones de los actores.

En una situación intermedia se halla Anthony Giddens, quien coincide ampliamente con el pragmatismo en considerar la intencionalidad como reflexividad, en distinguir la acción discursiva de la práctica y la acción misma, individual o colectiva, de las *estructuras*, como sistemas variablemente integrados de acciones rutinizadas que pueden tanto obstruir como espolear la creatividad de la acción. También la importancia del tiempo, entendido como ocasión y duración, como vivencia y como disciplina abstracta, reúne a ambas perspectivas, así como la importancia dada por ambas a la situación como fondo de recursos que nutren el sentido de la acción —y donde Giddens distingue las vivencias cotidianas de las experiencias *desandadas* que proporcionan los sistemas expertos, las instituciones sociales—. Sin embargo, Giddens nunca define su visión de la acción, su surgimiento en nuestro trayecto evolutivo, a partir de las estructuras de la sociedad humana donde se adquieren las competencias sociocognitivas individuales; de tal modo, los individuos aparecen bien como estructuras cuasiautomáticas y sin entorno, bien completamente dominados por éste.

Para concluir, es éste, sin duda, un libro imprescindible para todos aquellos buenos (o no tan buenos) conocedores de la teoría sociológica clásica y contemporánea. Con una facilidad y una falsa espontaneidad muy elaboradas, Joas salda cuentas con lo más granado de la teoría social. No obstante, no sería éste solamente un libro para teóricos especialistas. Joas aspira a que la teoría de la acción vertebral la

teoría social. A este fin dedica un capítulo singular y fundamental al repaso de la teoría de roles y de la interacción, con especial énfasis en sus aportaciones al proceso de socialización. Aunque estos enfoques han solido reducirse, respectivamente, al estudio de la vida cotidiana y de la primera infancia, es difícil imaginar una investigación sociológica empírica que vaya más allá de la fría encuesta, que entre en contacto con los sujetos, y que ignore el concepto de rol y los procesos de interacción. Aquí, Joas subraya una vez más el carácter abierto de la acción y, en especial, de la asunción de roles, señalando que

ésta puede ser o no reflexiva; que puede ser identificativa, imitativa o asuntiva; que puede variar en el grado y orientación emocional que moviliza; y que puede diferir en el rango o amplitud con que se asume el rol en su complejidad y en el desarrollo que de él se hace. En suma, y como palabra postrera, hay que felicitar al Centro de Investigaciones Sociológicas por la decisión de traducir y publicar este texto que contribuye de manera muy importante a enriquecer y renovar el acervo de la teoría sociológica en nuestro idioma.

Juan Manuel IRANZO AMATRIAIN

ÉMILE DURKHEIM

Lettres à Marcel Mauss

Edición a cargo de PHILIPPE BESNARD y MARCEL FOURNIER
(París, PUF, 1998)

Confieso mi afición por los epistolarios y compartir la opinión de quienes aseguran que en el carteo privado de un autor no es raro encontrar la apoteosis de su talento literario —piénsese, por ejemplo, en la correspondencia de Flaubert con su amante Louise Colet—. Es cierto que no siempre ocurre así y que a veces la correspondencia de los grandes no va más allá de lo anodino. Pero ni siquiera esto le quita valor como fuente de información, ya que el goteo epistolar, cuando es lo suficientemente continuado, tiene la inmensa virtud de hacernos accesibles los pliegues más personales y propios de un escri-

tor, lo que está por detrás de su producción pública, su día a día, su mundo de preocupaciones, prejuicios e intereses, sus opiniones más espontáneas sobre los contemporáneos con los que le ha tocado vivir, es decir, todo lo que se oculta tras su careta pública y es tan relevante para comprenderlo cabalmente.

La reciente publicación de las cartas que Durkheim envió a Marcel Mauss permite corroborar lo dicho. A lo largo de más de quinientas páginas y cubriendo de forma discontinua un período que va de 1896 a unos pocos días antes de la muerte de Durkheim, en noviembre de 1917, nos es dado